

Un muerto sale de paseo

Una imponente figura descendió por la empinada ladera de la calle Swain, en la zona norte de Londres. Los rasgos del hombre recordaban a los de un anciano, pero era corpulento y caminaba con zancadas rápidas y decididas. Cada paso de sus recias y gastadas botas lo acercaba más y más al vecindario que dormitaba al fondo. Allí, lejos del rutilante centro de la ciudad, la oscuridad dominaba la cálida noche de verano. Mientras avanzaba, el hombre deslizaba una manaza por los negros barrotes de la verja.

Sus largas uñas repiqueteaban contra el antiguo hierro: *tic, tic, tic*.

Al otro lado de la verja, siguiendo la pendiente, se extendía un viejo cementerio. Los ojos negros como el carbón oteaban el terreno sembrado de musgo: sopesaban, recordaban. La práctica totalidad del camposanto estaba ocupada; llevaba así desde la Primera Guerra Mundial. Era un lugar de reposo. Sumido en un silencio sepulcral. *Tic, tic, tic*. El hombre retiró la mano. La verja había quedado atrás; acababa de alcanzar la zona habitada.

Se desplazaba con mayor sigilo ahora, como un gato que sale a cazar. Llegó a la altura del primer grupo de casas, pega-

das las unas a las otras, sin luz en las ventanas. Instantes después vio un resplandor a lo lejos, movimiento. El más leve remedo de sonrisa asomó a sus labios agrietados por la muerte.



—¡Puaj, no te comas eso! —exclamó Bennie Kemp al tiempo que estiraba la correa de su perro—. ¡*Spitfire*! ¡*Spitfire*, no! ¡Muy mal!

El bulldog se volvió a mirar a su dueño y, a regañadientes, soltó el envoltorio de un caramelo.

De todas formas, estaba vacío, pensó el pequeño cerebro perruno.

—Haz tus necesidades y vámonos —le ordenó el dueño—. Qué lugar más tétrico...

Spitfire lo miró de hito en hito. Entendía un buen número de palabras —*comida, paseo, golosina*—, pero no aquellas.

Bennie echó un vistazo a su alrededor. Le sorprendía la soledad que reinaba en las calles de aquel pequeño vecindario. Había oído los rumores, claro que sí. Todo el mundo los conocía. Pero él se había criado entre historias que alababan el valor del pueblo inglés y la actitud de sus vecinos lo decepcionaba una pizca. *Cuatro desapariciones y el pueblo entero se encierra a cal y canto*, pensó. Apenas había prestado atención a las noticias relativas a una lluvia de sangre y otros sucesos misteriosos. Lo atribuía todo a un brote de psicosis colectiva promovido por los medios de comunicación.

—Menudas bobadas —le dijo a *Spitfire*, enfurruñado.

El perro ni siquiera se molestó en mirarlo esta vez. *Si me hablas, que sea para darme una golosina*. En lugar de volverse hacia su dueño, mantuvo el chato y húmedo hocico pegado al suelo, concentrado en su frenético olisqueo. Percibía el tufo de algo

muerto allí cerca y quería dar con ello. Ahora, era el perro el que tiraba del dueño. Podía ser cualquier cosa: una ardilla, una paloma, un gato. ¡Ay, ojalá fuera un gato! Arrastró a su amo hacia el olor.

Bennie seguía a su patoso guía del charco de luz que proyectaba una farola al siguiente cuando vio a un hombre. *Es un hombre, ¿verdad?*, pensó. Profundas arrugas surcaban el rostro, pero su cuerpo parecía fuerte y recio. La combinación de ambas características le trajo a la mente esas estatuas que se ven en los parques. La vestimenta del hombre, también. Parecía un explorador de la época colonial. *Va vestido para un clima caluroso. La India o África*, consideró Bennie.

—¿Todo bien? —le dijo—. Me ha asustado.

Spitfire despegó por fin el hocico de la acera. *Vaya, acabo de dar con el animal muerto que andaba buscando*, pensó. *Pero no entiendo nada.*

El hombre exhaló despacio, con dificultad —aire que discurre por conductos dañados, como el gorgoteo de una vieja cañería— y alzó la vista. Fue entonces cuando Bennie le vio la piel con claridad. Incluso a la débil luz de las farolas, advirtió que se trataba de un pellejo horriblemente irregular, excesivamente correoso en algunas zonas, demasiado flácido en otras. Y entonces le vio los ojos.

Oh, Dios mío, los ojos...

Un grito taladró la noche, seguido de unos ladridos rápidos, secos. Un gañido final y las calles volvieron a sumirse en la quietud. A su alrededor, las casas guardaban silencio también. Una lamparilla de noche se encendió y se apagó rápidamente. Las demás ventanas permanecieron a oscuras. Los vecinos se quedaron en sus camas y se ciñeron las mantas un poco más.

De manera que nadie vio la imponente figura de un hombre que, a las afueras del pueblo, arrastraba el cuerpo exangüe

de otro en dirección a la oscuridad ascendente de la calle Swain.

El resto de la noche transcurrió sin incidentes. Los ojos soñolientos volvieron a cerrarse, las mentes atribuladas disfrutaron de unas cuantas horas de descanso, y un bulldog asustado se acurrucó contra una puerta cerrada. Para el solitario dueño del perro, en cambio, el horror aún no había terminado.

A primera hora del día siguiente, en un lugar resguardado de los primeros rayos de sol, comenzó un antiguo ritual. Tras una noche de sueño intranquilo y pesadillas, el rumor de la lluvia que golpeteaba los tejados, que salpicaba el alféizar de las ventanas, despertó a los vecinos. Si algo conocen los ingleses es el repiqueteo de la lluvia contra sus casas. Y, a juzgar por el sonido, aquellas gotas eran demasiado densas para ser de agua.

Vuelo nocturno

El gran avión de pasajeros surcaba la noche y Álex Sennefer, sentado en la oscura cabina, pensaba en los muertos y en los desaparecidos. Los muertos: el Caminante de la Muerte que había enviado de vuelta a la tumba, allá en Nueva York; y aquel otro a cuyo encuentro, con toda probabilidad, se dirigían. Los desaparecidos: su madre.

El avión aterrizaría en Londres a primera hora de la mañana. Ahora mismo sobrevolaba alguna zona del inmenso y frío océano Atlántico. Álex tamborileó con los dedos en su muslo, impaciente por llegar, por emprender la búsqueda. Se volvió a mirar a su mejor amiga, Renata Duran. Ren dormía como un tronco en el asiento de la ventanilla. Estaba acurrucada de lado, contra el barato cojín de viaje de la aerolínea que había apoyado contra la pared. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, los labios casi rozando la ventanilla. Álex miró al otro lado del cristal, pero solo vio la luz de la luna y la telaraña de escaracha que dibujaban los treinta grados bajo cero del exterior. *¿Cómo es posible que esté durmiendo tan tranquila, con todo lo que está pasando?*, se preguntó para sus adentros. Pese a todo, era consciente de que a él también le vendría bien descansar.

Lanzó una última ojeada al pasillo que conducía a la primera clase, donde su primo Luke se habría dormido también, estaba seguro. Su primo no era de esos chicos que se quedan despiertos devanándose los sesos. Y, francamente, tampoco era de los que se devanan los sesos durante el día. En teoría, se dirigía a Londres para participar en unos campamentos para atletas de élite, pero él estaba convencido de que también le habían encargado que lo vigilara en nombre de la familia.

De lo que queda de la familia, pensó.

Recogió su almohada del suelo, se la encajó detrás de la cabeza y cerró los ojos. Se forzó a respirar lenta, profundamente. En la desatendida región que separa la vigilia del sueño, un recuerdo de su madre se coló en su pensamiento. Toda la clase de Álex había sido invitada a una fiesta de cumpleaños, lo que explicaba que también lo hubieran invitado a él. Sucedió hacia el final, cuando faltaba al colegio tan a menudo como asistía. Y, como era de esperar, el día de la fiesta se encontraba demasiado mal para acudir. Su madre le compró helado y se sentó a su lado mientras él se retorció de dolor en el sofá. Álex no pudo pasar de la primera cucharada, pero ella apuró el cuenco y fingió que lo habían compartido. «Gracias por el helado —le dijo Álex—. Estaba rico.» Su madre le acarició el cabello y las arrugas de preocupación que le cercaban los ojos se tornaron más profundas cuando sonrió.

Pero el sueño llegó por fin y perdió a su madre de nuevo. En su lugar, una pesadilla. Álex estaba otra vez en el sepulcro del Hombre Agujoneado, improvisado en una estación de metro abandonada y amueblado con objetos de lujo robados. Un gran escorpión negro salía a rastras por debajo de una alfombra, al mismo tiempo que una sombra negra se proyectaba sobre esta. Al alzar la vista, lo vio: el Hombre Agujoneado, con su rostro abotargado por antiguas picaduras y las vestiduras impregnadas

del tufo de la podredumbre. El hombre levantó el brazo izquierdo, en cuyo extremo no había una mano, sino un inmenso aguijón de escorpión. La espinosa punta tenía el tamaño de un cuchillo de trinchar. El aguijón salió disparado...

Álex se despertó sobresaltado. Se incorporó tan deprisa que estuvo a punto de golpearse la frente contra la pequeña pantalla de televisión encajada en el respaldo del asiento delantero. *Eso te pasa por echarle una cabezadita*, pensó. Miró a su alrededor. El problema era el avión, aquella cabina alargada y oscura. Se parecía demasiado a los sarcófagos del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, donde su madre trabajaba como conservadora antes de su desaparición.

Sintiéndose cansado y nervioso a un tiempo, miró la pequeña pantalla. La televisión le ayudaría a distraerse.

Echó un vistazo a un lado y a otro para asegurarse de que nadie lo estaba observando. El hombre de negocios que ocupaba el asiento del pasillo dormía a pierna suelta con la barbilla pegada al pecho y un hilo de baba en el mentón. Álex hundió la mano en el cuello de su polo azul y sacó un amuleto. Era una piedra pulida con un engarce de delicado cobre. La piedra estaba tallada en forma de escarabeo, símbolo de renacimiento en el Antiguo Egipto. Había pertenecido a su madre y ahora, por lo que parecía, era suya.

Álex aún no estaba al tanto de todos los poderes de aquella reliquia, pero una cosa sí sabía: aunque había sido fabricado en un lugar y un tiempo en que construir pirámides de piedra se consideraba lo más avanzado de la tecnología, el amuleto constituía un fantástico mando a distancia. Rodeó el escarabajo de piedra con la mano y notó la misma corriente que lo recorría cada vez que lo utilizaba. El pulso se le aceleró y su mente se concentró al máximo; se sentía como un piloto al volante de un coche de carreras, en plena curva.

La pequeña pantalla cobró vida. Álex seleccionó PELÍCULAS, no con los dedos, sino con los ojos, y procedió a revisar las distintas opciones.

—¿Qué estás viendo?

Álex dio un respingo.

—Debe de ser una película de miedo —bromeó Ren, al tiempo que le propinaba un toque en el hombro.

—Serás... No está bien pegar esos sustos —dijo Álex en voz baja para no despertar al grueso ejecutivo.

—Y tú no deberías quedarte en babia cuando estás usando tu juguetito —replicó Ren.

Álex bajó la vista hacia el escarabeo. Su amiga no hablaba en serio, y lo sabía. Aquello no era un juguete. Ya les había salvado la vida a ambos en una ocasión. Volvió a esconderlo debajo de la camiseta.

Ren alargó la mano para palpar la pantalla que tenía delante. Al instante apareció la ruta de vuelo. Álex la vio observar el mapa y fijarse en las cifras indicadas a un lado. Volaban en una compañía inglesa, de modo que las distancias estaban expresadas en millas.

La vio entornar los ojos, fruncir el ceño. Cuando se concentraba, una profunda línea le surcaba el entrecejo. Álex consideraba ese ceño el botón de ENCENDIDO de un ordenador de ojos castaños.

—Estás pasando las millas a kilómetros, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —repuso ella—. Es muy fácil.

—¿Ah, sí? —se burló Álex. La conocía demasiado bien como para creerla. Ren no era la clásica lumbrera que no precisa esforzarse; ella se dejaba la piel si hacía falta hasta dar con la solución a un problema.

—¿A qué equivalen 1.500 millas? —preguntó, no sin antes mirar la pantalla.

—A unos 2.389 kilómetros —respondió ella—. Quizás un poco más.

Álex no puso en duda sus cálculos. El padre de Ren ostentaba el cargo de ingeniero jefe del Museo Metropolitano, y de tal palo tal astilla. Si bien la astilla, en este caso, era muy pequeñita. Ren tenía doce años, igual que él, pero no medía más de un metro cuarenta. Desde su asiento, no solo tenía que volverse para mirarlo a él, sino también alzar la vista.

Los chicos oyeron un movimiento en el asiento contiguo. El ejecutivo se había levantado y ahora miraba por encima del hombro para comprobar si el aseo estaba libre. Álex se volvió hacia Ren.

—¿Quieres ver una peli?

Pero Ren tenía los ojos clavados en el ejecutivo.

—Repasemos el plan mientras está en el baño —dijo en cuanto el hombre se alejó por el pasillo.

Álex puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —preguntó Ren.

—Da igual —repuso Álex, pero decidió soltarlo de todos modos—. ¿De qué sirve repasar el plan estando aquí arriba? Tenemos que esperar a aterrizar y entonces emprender la búsqueda.

—¡Pero antes de hacer nada deberíamos tener claros los pasos que vamos a seguir! —replicó ella.

Álex estuvo a punto de volver a poner los ojos en blanco. Esa reacción era típica de Ren. Lo que los otros niños solían decir de su amiga cruzó por su pensamiento: «Ren todo lo hace bien. Ren, planes cien. Ren, la superempollona...»

—Entonces, ¿no hay película?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—*Esto es importante*, Álex.

El chico echó un último vistazo a la pantalla y suspiró con

pesar. Ya habían discutido todo eso antes de partir, pero sabía que ella no daría su brazo a torcer.

—Muy bien.



Ren oyó el suspiro, pero hizo caso omiso. Era consciente de que a su amigo no le gustaba hacer planes. Incluso lo entendía, más o menos. Durante buena parte de su vida, Álex había considerado los planes una pérdida de tiempo a causa de su impredecible enfermedad. Sin embargo, ahora se encontraba mejor y aquello era importante. Los Conjuros Perdidos que la madre de Álex había empleado para evitar la muerte de su hijo habían resucitado a otros seres también: los Caminantes de la Muerte. Y, si él y ella estaban en lo cierto, el segundo Caminante se encontraba en Londres.

Ahora que lo pensaba, estaba experimentando el mismo pánico que la asaltaba cuando tenía que presentarse a un examen. El miedo se le agolpaba en el estómago hasta tal punto de que casi podía notar su sabor. En esos casos, *se preguntaba si habría estudiado lo suficiente, si estaría a la altura de sus compañeros de clase o si podría llevarles una buena nota a sus brillantes padres*. Tragó saliva con dificultad, consciente de que ahora mismo se jugaba mucho más. Las preguntas eran otras. ¿Estaba lista? ¿Sería capaz de enfrentarse a los peligros que les aguardaban? ¿Regresaría a casa siquiera?

—Vale —dijo. Se echó hacia delante y bajó la voz. Empezó por lo que ya sabía. Eso siempre la tranquilizaba—. El Hombre Agujoneado procedía del museo. Es lo más lógico porque, ¿dónde si no puede haber un antiguo egipcio momificado? Y nos hizo falta tu amuleto del escarabeo y el conjuro (el conjuro *apropiado*) del Libro de los Muertos para devolverlo a su lugar de procedencia. Esto último también procedía del museo.

Se interrumpió por si Álex deseaba comentar algo, pero el chico se limitó a responder:

—Obviamente.

Ella lo miró enfadada. Su amigo permanecía impertérrito. Para colmo, hacía tamborilear los dedos en el muslo de un modo que la estaba sacando de quicio. *¿Qué parte de la premisa de que un espíritu malvado a las puertas de la otra vida haya escapado a la primera de cambio le parece obvia?* —pensó—. *¿Desde cuándo?*

Ren prosiguió:

—Y en todo el mundo empezaron a producirse sucesos extraños en el mismo instante en que los Conjuros fueron utilizados. Por eso, hace ya un tiempo que en Londres están pasando cosas raras.

Álex se desabiló y, por fin, miró a Ren a los ojos.

—El segundo Caminante lleva despierto más tiempo que el primero.

—Sí —replicó Ren—. ¿Y?

Sin embargo, él le estaba dando vueltas a la idea en la cabeza, así que se limitó a repetir las dos últimas palabras:

—Más tiempo...

No había prestado atención a su amiga, pero acababa de reparar en un detalle. Algo importante. Ren no soportaba que la ignorasen. Le entraron ganas de gritar: «¿QUÉ?», pero no quería que la tomara por tonta. Eso le molestaba aún más, si cabe.

—Sea como sea —repuso—, lo principal es el Caminante de la Muerte.

Álex la miró de hito en hito.

—¡Lo principal es mi madre!

—Sí —reconoció Ren—, pero ni siquiera sabemos si está en Londres.

—Está —afirmó Álex.

—Vale, pero...

—Sí, sí, sí —la interrumpió él, sin molestarse en disimular su impaciencia—. Sabemos que La Orden está confabulada con los Caminantes de la Muerte. Y sabemos que La Orden tiene a mi madre, así que, si los encontramos, daremos con ella.

Ren no discutió. Estaban prácticamente seguros de que la antigua secta que rendía culto a la muerte se había llevado a la madre de Álex junto con los Conjuros Perdidos. Pero estar *casi seguro* no equivale a *saberlo a ciencia cierta*; y le gustaría que Álex dejara de hacer ese ruidito.

—Sea como sea —prosiguió ella mirando de reojo los irritantes dedos de su amigo—, deberíamos empezar por averiguar quién (o qué, supongo) es el Caminante de la Muerte ese, y...

—Apenas llegemos a Londres tenemos que empezar la búsqueda —la cortó Álex.

Ella se disponía a replicar, pero su amigo volvió a interrumpirla.

—¿Vale? —preguntó—. Y no hay más que hablar.

—Vale —respondió Ren, y volvió a reclinarsse en el asiento—. Pero deja de hacer eso con los dedos. Me estás poniendo de los nervios.

Ambos asientos se sacudieron cuando el grueso hombre de negocios se desplomó en su butaca. Si acaso la conversación no había concluido antes, ahora la dieron por zanjada.

Álex siguió buscando una película y Ren volvió la vista a la ventanilla para contemplar en silencio la luz rojiza del amanecer. Volvería a repararlo todo, para sus adentros.



Aterrizaje de emergencia

Antes de que la película de Álex terminara en la fila 22, otro drama se estaba gestando en la cabina de pilotaje.

—No me gusta el aspecto de esas nubes —comentó el copiloto.

El comandante les echó un vistazo y enseguida volvió a mirar para asegurarse de que había visto bien. Desplazó la vista a la pantalla del radar.

—Hace un minuto no estaban ahí —se extrañó el comandante Martin Hadley. Era uno de los pilotos con más experiencia de la compañía, pero cuando vio aquellas nubes que se movían despacio en sentido contrario a las demás, tuvo el presentimiento de que se enfrentaba a algo totalmente desconocido.

El copiloto tragó saliva con fuerza. Estaba nervioso por todo lo contrario: tenía muy poca experiencia. Ambos observaban la pequeña pantalla con atención cuando la voz del controlador aéreo sonó en la radio de la cabina. Allí en la torre estaban viendo lo mismo.

—¿Qué es eso? —preguntó el comandante Hadley.

Durante unos instantes, no hubo respuesta. Por fin:

—*Tome nota, vuelo 768...* —La voz habló en un tono seguro y

profesional al principio, pero pronto zozobró ante sus propias palabras—. *No tenemos ni la más remota idea de lo que es... y están volando directamente a su encuentro.*

El copiloto se aflojó el cuello de su almidonada camisa blanca. El comandante se santiguó:

—¿Nos desviamos? —preguntó por el micro. Echó un vistazo al indicador de combustible, llevó a cabo unos cálculos rápidos. ¿Cuánto tiempo podían volar en círculo? ¿Había algún aeropuerto cerca en el que pudieran aterrizar?

Otro silencio en la torre de control. Luego:

—*Negativo. Es pequeño, reduzcan la velocidad. Procedan al aterrizaje.*

—Roger —asintió el comandante.

—Es pequeño, ¿no? —repitió el copiloto, solo por tranquilizarse.

—Supongo —repuso Hadley, que ahora escudriñaba la luz rosada del alba en el horizonte—. Pero ¿qué es?

Una hora después, mientras descendían entre una suave lluvia para iniciar el aterrizaje, lo averiguaron.

Gruesas gotas de una sustancia roja se estrellaron contra el cristal de la cabina, que se tiñó de rosa cuando el líquido se mezcló con la lluvia y el viento. Los motores fallaron al entrar en contacto con el denso elemento y el gran aparato se encabrió como un caballo asustado. El comandante forcejeó con la palanca de mando, sus nudillos cada vez más pálidos según el parabrisas se iba tornando encarnado.

—¡Asciende! ¡Asciende! —gritó el copiloto, pero Hadley no le hizo caso. Ya no podía, era demasiado tarde. Iban a aterrizar, para bien o para mal.

—*Como precaución a causa de las condiciones extremas, tenemos que pedirles que se preparen para un posible aterrizaje de emergencia.*

El anuncio resonó en la cabina y se coló en los auriculares de

los pasajeros. Un estruendo se apoderó del avión cuando la gente empezó a gritar preguntas y cien conversaciones angustiadas estallaron a un tiempo. El comandante volvió a tomar la palabra, ahogando momentáneamente todo lo demás:

—Por favor, abróchense los cinturones y bajen las persianas de las ventanillas.



Es probable que Ren fuera la única que había prestado atención cuando, justo antes de despegar, las azafatas habían detallado el procedimiento que debían seguir en caso de emergencia. Sin embargo, le costaba recordar las instrucciones ahora que los latidos de su corazón desbocado resonaban en sus oídos. Cuando alargó la mano para bajar la persiana de plástico, atisbó una vez más la luz rosada de la mañana.

Miró a Álex.

—¡Esto tiene mala pinta! —gritó por encima de las frenéticas voces que se alzaban en la cabina.

Álex se volvió hacia ella y asintió sin pronunciar palabra. Su mirada aterrada y el lento movimiento de su cabeza hablaron por él.

El avión volvió a encabritarse y la azafata, que intentaba mostrar a los pasajeros la posición de emergencia, se estrelló contra el respaldo. Media docena de pasajeros chilló igual que si acabara de presenciar un asesinato.

Los demás, resignados a capear el temporal con la cabeza entre las rodillas fuera cual fuera el resultado, ya habían obedecido. El corpulento ejecutivo que compartía fila con los dos amigos seguía erguido en el asiento. Ahora estaba hiperventilando con unos gañidos agudos y extraños.

—Será mejor que obedezcamos, ¿no? —gritó Álex. La voz se le quebró al final de la frase, delatando así el miedo que sentía.

Imitando la posición de emergencia, se llevó ambos puños a las orejas y agachó la cabeza.

Ren experimentó una necesidad repentina y urgente de saber a qué distancia estaban del suelo. Cuando levantó una pizca la persiana, se dio cuenta, como si se viera a sí misma de lejos, de que le temblaban las manos. Por el hueco de tres centímetros, vio líneas rojas contra el fondo rosa.

—Oh, por favor, no —musitó. El débil quejido quedó ahogado por los gritos que la rodeaban, pero Álex se había percatado de su reacción. Tal como ella alargaba la mano y abría del todo la cortina, miró al otro lado de la ventanilla.

Ambos podían verlo ahora. La luz de la mañana era demasiado roja; y demasiado oscura. Dos largos sarmientos encarnados serpenteaban por el cristal.

Habían oído hablar de aquello: la lluvia roja de Londres. Algunas personas afirmaban que se trataba de sangre; otras lo negaban en redondo. Al final, el fenómeno siempre acababa por convertirse en una lluvia normal y corriente; entonces, las pocas muestras que la gente había recogido se transformaban en agua también.

Ren sabía que la magia era escurridiza.

¡BOOOM!

Un estallido semejante a un cañonazo rugió en el enorme motor del ala opuesta. Al avión no le gustaba ni un pelo lo que fuera que estuviera cayendo en el exterior. Los motores de ambas alas empezaron a gruñir y a sacudirse. En la cabina resonó un terrible gemido, como un gigante agonizando.

—¡No podemos aterrizar en esta cosa! —gritó Álex.

Ren miró hacia abajo. Ahora veía la tierra entre la bruma roja. Los tejados desfilaban a toda velocidad, como una ciudad en miniatura. Las casas quedaron atrás. El aeropuerto estaba allí mismo, la pista roja y brillante...

—¡Estamos a punto! —respondió chillando.

Sonó un comunicado final, a gritos y amplificado, pero apenas audible entre la conmoción.

—*¡Adopten las posiciones de emergencia!*

La cabeza de Ren era un caos de miedo y confusión cuando la enterró en su propio regazo.

¿Qué estaba cayendo ahí fuera?

¿Se convertiría en lluvia normal?

El avión se agitaba con tanta violencia que parecía a punto de estallar en pedazos.

¿Sería demasiado tarde cuando lo hiciera?

Entrelazó los dedos detrás de la cabeza, visualizó a sus padres y se preparó para el impacto.



El tren de aterrizaje estaba bajando. Se acercaba la hora de la verdad. El comandante Hadley observó la escena que se desplegaba ante él. El viento azotaba la lluvia roja al otro lado del parabrisas, pero él solo tenía ojos para la pista; ni siquiera parpadeaba. Las líneas blancas se habían tornado encarnadas, las luces brillaban en rojo también, pero la visibilidad no era demasiado mala, pensó.

—¿Qué es? —gritó por la radio. No lo preguntaba únicamente por curiosidad. Si solo se trataba de lluvia roja, no había peligro. Había aterrizado en mitad de un chaparrón más veces de las que podía recordar. Pero si era lo que parecía...

—*Fenómeno meteorológico no identificado* —fue la respuesta.

El copiloto escupió su propia réplica.

—No identificado, ya te...

—¡Ahora no! —lo reprendió Hadley—. ¡Los ojos en el panel de control!

El avión se posó con un fuerte golpe. Un desagradable zumbido inundó los oídos de los pilotos cuando las ruedas rozaron el asfalto y surcaron aquel río rojo. La velocidad, la fuerza y el peso evaporarían el agua, eliminándola así de la ecuación, el comandante lo sabía. Pero aquella sustancia parecía más espesa y pegajosa.

Las ruedas gemían a lo largo de la pista y el avión empezó a virar. El comandante Hadley notó un desagradable hueco en el estómago cuando comprendió que el aparato estaba patinando.

Echó un último vistazo a su copiloto. Acurrucado en la postura de emergencia, el hombre gritaba contra sus propias rodillas. Así pues, Hadley estaba solo; solo y a cargo de cientos de vidas. Soltó un largo y lento suspiro.

Llevaba la insignia en la solapa y suya era la responsabilidad.

En lugar de agarrar la palanca de mando con fuerza, se obligó a sostenerla con suavidad según el avión iba virando a un lado. *Fuézala y acabarás bocabajo*, se dijo. En lugar de entornar los ojos, los abrió. *Mira. Observa.*

Tomó aire. Pensó.

No pienses que es agua. Piensa que es barro.

El rumbo del enorme aparato se corrigió, el morro empezó a enderezarse ligeramente. Todavía demasiado torcido, todavía girado hacia el borde de la pista, pero más despacio con cada metro que dejaban atrás.

El comandante conservó la calma. Recordó lo que había aprendido durante la instrucción y, contra toda probabilidad, guió al gran pájaro a su nido. Entonces se detuvo, levemente escorado y a un tiro de piedra del filo de la carretera.

Sano y salvo.